

## LAS ADELFA

Donde el arroyo se remansa en un azul verde y cristalino charco, los he visto esta noche jugando. Eran cinco o seis todos entre doce o catorce años de edad, ellos y ellas. Al llegar, después de bajar desde las partes altas, por donde las laderas de los cerros se ven cubiertas de gris y espeso monte, jaras, jaguarzos, romeros, carrascas, lentiscos y cornicabras, por entre las adelfas han buscado las aguas del charco. Un remanso natural no muy profundo y con mucha arena fina en el fondo. En el borde, orillas de las aguas, crece tupida la grama, la juncos y los mastranzos. Y en cuanto están en el centro del remanso, se ponen a jugar. A echarse puñados de agua, saltar, correr y gritar. Con la alegría e inocencia propia de su edad. Es un espectáculo muy bello y gratificante que despierta en mi alma los recuerdos de mi niñez por este lugar.

Primero los he visto, en fila, escalando el acantilado rocoso del lado este del arroyo. Y como sé que este acantilado es muy peligroso porque de pequeño anduve por aquí mucho, desde la distancia doy voces con la intención de advertirlos. Creo que no me van a oír y, si me oyen pienso que pueden no hacerme caso, pero me oyen. Les advierto del peligro y veo que se paran, despacio miran y luego comienzan a regresar subiendo hacia el lado de la fuente, venero que entrega sus aguas al cauce que forma el arroyo. Los veo llegar a esta fuente entre encinas y jaras y veo que aquí se paran. Beben, comen algo, charlan y luego siguen. Por entre las adelfas, buscan las aguas del charco. Me llaman mucho la atención lo verdes que están las adelfas. Todas cuajadas de flores, blancas algunas, rojas otras y muchas de color rosa.

Me llama mucho la atención ellos en las aguas del charco en este arroyo tan tupido de adelfas florecidas y siento gozo espiritual a la vez que tristeza. Donde vivo, en el hermoso jardín que se muere por el mal trato que le dan, las adelfas también crecían hermosas y muy floridas. Todas las primaveras se llenaban de flores con los mismos colores que las adelfas de este arroyo. El que no es sensible a los árboles, plantas y naturaleza en general, un día mandó podar todas estas adelfas. El jardinero las cortó casi a ras de tierra. Aquel mismo verano, murieron varias de estas plantas. Solo algunas se mantuvieron con vida y en las siguientes primaveras, echaron tallos largos y delgados. No dieron flores y como seguían creciendo muy endeble, las volvieron a podar. Las plantas ya no tuvieron fuerza para seguir viviendo y el jardín perdió un trozo más de belleza y dignidad.

Ahora, este algo caluroso día de verano, al ver a estos niños tan en libertad y alegres divirtiéndose en la límpidas aguas del arroyo que me pertenece arropados por las flores de las adelfas que me dieron compañía, colores y sombras, quisiera unirme a ellos. Pero sé que no puedo. Mi niñez por aquí, fue hace mucho, mucho tiempo. Ahora soy viejo y estoy en una dimensión distinta a la de estos niños. Pero aun así, quisiera irme con ellos porque son libres y su alegría sí es el verdadero cielo que tanto sueño y necesito.